

EL CENTENARIO
DEL DANTE

POR EL

DOCTOR GUSTAVO GALLINAL



MONTEVIDEO
IMPRESA Y CASA EDITORIAL RENACIMIENTO
CALLE 25 DE MAYO, 483

1921

EL CENTENARIO DEL DANTE

EL CENTENARIO DEL DANTE

POR EL

DOCTOR GUSTAVO GALLINAL

*Conferencia de divulgación, leída en el
Club Católico de Montevideo el día 17 de
Setiembre de 1921 bajo los auspicios del
"Comité Católico de Homenaje al Dante".*



MONTEVIDEO
IMPRESA Y CASA EDITORIAL RENACIMIENTO
CALLE 25 DE MAYO, 483

1921

EL DANTE EN RÁVENA

LOS CANTOS XI Y XII DEL PARAÍSO

*... io mi son un che quando
Amor mi spira, noto, ed a quel modo
Che' ei detto dentro, vo significando.*

Uno de los más insignes biógrafos y críticos modernos del Dante señala la circunstancia de que Florencia, la ciudad que fué campo del más copioso fructificar del espíritu humano después de la Atenas de Pericles, no guarda en las naves de Santa Croce, bordeadas de mármoles memorables — digno panteón de tanta gloria — los restos de ninguno de los tres magnos escritores hijos de su espíritu: Dante, Petrarca, Bocaccio. El mayor de todos, Dante, fué arrojado por las tempestades políticas junto a las playas solitarias donde fué la sumergida Classe y donde se yergue, adornada con las joyas de la decadencia del imperio, la belleza melancólica de Rávena. El Petrarca, de florentina estirpe, hijo de un ciudadano desterrado como el Dante de la urbe paterna, tiene por sepulcro la aldea de Arqua, riente entre campos de viñas

y de olivos: desterrado voluntario duerme el sueño de la inmortalidad allí donde discurrieron los años de su ancianidad, digna de Sófocles. Allí la muerte, plácida como ninguna, bajó a interrumpir en la tierra su coloquio con los varones de la antigüedad clásica, en la que buscaba presagios de resurgimiento y de gloria para la Italia que tanto amaba y cuyo ambiente había poblado de palabras melodiosas. Murió con la cabeza apoyada sobre un códice antiguo. Bocaccio, finalmente, el creador del mundo nuevo del Decamerón, multiforme poema en prosa donde se compendia toda la sociedad italiana en el tramontar de la edad ruda y heroica del Dante, con sus brutalidades, sus vicios, su lujuria y también sus exquisiteces y ensueños, tan vario, tan rico, tan complejo como la vida misma, Bocaccio quiso para sitio de su eterno reposo la simplicidad aldeana de Certaldo, el nativo collado en los aledaños de Florencia. *Parece que un destino histórico, dice Carducci, te niega. ¡Oh Florencia! los huesos de tus tres grandes hijos. Tú los esparcistes, fiera y generosa república, como espíritus creadores sobre las alas de los vientos: y ninguno de ellos ha vuelto al regazo materno; han quedado con la Italia que idealmente crearon. Y en torno a la tumba de Dante Alighieri, vela la fe del fuerte pueblo de Romagna, digno custodio. Sobre la tumba de Arqua cantan los ruseñores y toda la Venecia se adorna como de un símbolo de su gentileza hasta en el heroísmo. La memoria de Bocaccio habita sus collados paternos: y allí vivirá gloriosa mientras suene una nota de aquel

idioma toscano que era para Byron como una música hablada».

Tal dice el escritor de ahora, historiador literario y poeta el más ilustre de la Italia contemporánea, que abrigó también en su corazón el ensueño secular de la Roma antigua, de la renovación de la tradición clásica siempre flotante en el ambiente espiritual de su patria. Cuando este sueño se une al culto de las tradiciones de los siglos cristianos, amorosamente se enlazan el ideal de la belleza clásica, inspiradora de nobles formas y el ideal moral y social alto y purísimo de la civilización cristiana. Este viril poeta, imitador de metros latinos, ha disminuído su ensueño, por el repudio de la tradición cristiana condenada bajo la acusación de haber ensombrecido la vida, acusación injusta siempre y en todas partes, pero más que en ninguna en aquella tierra de Italia, enriquecida por el espíritu luminoso y creador de los siglos cristianos...

Movido por su admiración hacia el poeta de la Divina Comedia, el autor del Decamerón consagra en su biografía un recuerdo emocionado a Rávena, la ciudad que el azar de las luchas políticas y las alternativas de la vida andariega del Dante convirtieron en su último asilo y en la guardadora de su tumba, ciudad «en donde no hay un palmo de tierra en que se pueda posar la planta sin hollar cenizas venerandas».

Todos sentiréis cantar en vuestra memoria los tercetos en que el poeta proscrito, con los ojos fijos en su Flo-

rencia natal, dice las tristezas del vivir errante, lo duro que es subir la escalera de los poderosos y cuán amargo sabe el pan de la ajena mesa. Y algunos de vosotros lo habéis leído también en la prosa del «Convite», aquella obra inconclusa por los azares de la vida en que el Dante concita a los hombres sus hermanos para que acudan a participar de sus tesoros de saber y de conocimiento, únicos bienes allegados mientras emigraba de uno en otro lugar acicateado por un ansia inmensa de verdad y torturado por un deseo de justicia imposible de saciar sobre la tierra. Y cuando sentados a la mesa de su simbólico banquete ve a los comensales, Dante con palabras graves, dice que el pan espiritual que les brinda no está, como acaso piensan muchos, manchado, sucio. Puras y limpias son las manos del poeta no indignas de repartir a los hombres el manjar del alma. Y si ha invitado a su mesa no sólo a los doctos capaces de entender el latín, sino también a todos los que hablan el dulce eloquio vulgar, es porque lo mueve no sólo deseo de dar su doctrina, sino también temor de infamia: «porque plugo a los ciudadanos de la bellísima y famosísima hija de Roma, Florencia, arrojarme fuera de su dulcísimo seno (en el que nací y fui nutrido hasta culminar mi vida y en el cual en paz con ella deseo con todo el corazón reposar el ánimo cansada y terminar el tiempo de vida que me ha sido dado) por casi todas las partes a que esta lengua se extiende he andado peregrino, casi mendigando, mostrando contra mi voluntad los castigos de la

fortuna, que muchas veces suelen injustamente imputarse al castigado.» Y, para pintar las vicisitudes de su vida, sacudida y arrastrada por un viento trágico, agrega una imagen que recuerda la que en la formidable invectiva de Sordello muestra la desventura de Italia: «verdaderamente he sido leño sin vela y sin gobierno llevado a puertos vacíos y playas por el viento mismo de la dolorosa pobreza; y he aparecido como vil a los ojos de muchos...»

He ahí una de las razones por las cuáles la prosa del «Convite» se presenta cubierta por la simple vestidura del lenguaje vulgar de Toscana, instrumento desde entonces — a pesar de la pesadez escolástica de la forma no accesible siempre sin fatiga para el lector moderno — afinado y apto para las más elevadas especulaciones del pensamiento filosófico y científico. Más tarde, en la Comedia, coronando con obra imperecedera los esfuerzos de los poetas anteriores, la fijará y consagrará como lengua poética. Las ideas políticas del poeta, selladas fuertemente por el carácter de su tiempo y en su mayor parte perfectamente arcaicas, como la concepción del sacro imperio, no pueden enlazarse con las ideas modernas sobre la patria y el Estado, aunque la sutileza de los comentadores descubra en sus escritos con demasiada frecuencia recónditos sentidos y presentimientos proféticos. Pero entre las ansias de inmortalidad sobre la tierra que espolearon su ambición poderosa, sintió vivísima la de alcanzar como poeta «la gloria de la lengua», según

la palabra que pronuncia al hablarle en el Purgatorio Oderisio de Gubbio, el maestro en el arte de miniar e iluminar pergaminos, que, superado en su arte, dice a Dante bellas y resignadas frases para ponderar la fugacidad del renombre: la gloria de la lengua que antes sonó en torno del nombre de Guido Guinicelli, a quien Dante saluda «padre» y maestro, el mejor «de todos los que hicieron rimas de amor dulces y floridas», y de Guido Cavalcanti, su entrañable amigo, filósofo y poeta del dulce estilo nuevo, en cuyos versos el toscano es ya un instrumento templado y de una musicalidad admirable, arpa de cien cuerdas que espera la mano que la hiera. Sacó Dante a «perpetua infamia» a los «malvados» que despreciaban su lengua vulgar. Sintió cantar en todos los ámbitos de Italia, más altas que las lenguas regionales, las notas armoniosas de un idioma común: el vulgar ilustre, lengua aúlica, imperial, para el hablar noble y el verso de amor forjada. Y esta pasión ardentísima de artista más que en los razonamientos del «Convite» y en las teorías de sus libros, se siente trepidar en los versos: sumo poeta, fué más que ningún poeta señor de las palabras melodiosas, de los vocablos que dan la aleación para el metal de las frases eternas. Su elogio es definitivo, su invectiva es mortal, golpe certero y rapidísimo, de una eficacia poética contra la que es vano rebelarse: la palabra insustituible, única, soberbiamente expresiva, obedece siempre al mandato de su genio y baja a posarse en su verso, ya erizada y fiera, como el halcón al puño

del caballero, ya mansamente querellosa, como la paloma al nido. Ningún idioma humano podría ser creado por un hombre, aunque sea Dante. Pero, con verdad ha podido éste ser ensalzado en Italia como el signo más alto de esa fraternidad perdurable que se funda en la unidad del idioma, vínculo más fuerte que las efímeras creaciones de la política. Que con razón cantó el poeta español;

*la sangre de mi espíritu es mi lengua,
está mi alma donde está mi idioma...*

Ya veis como el poeta que en su peregrinación completó y acendró su conocimiento de los dialectos de Italia, acrecentando su ciencia del lenguaje, tuvo también en su desgracia un nuevo motivo de amor hacia aquel idioma vulgar, desdeñado por los eruditos y los retores, en el que esculpió su máxima obra, que una tradición discutida supone iniciada primero en exámetros latinos que se conservan. Ya cumplida ésta, en los días postreros de su vida, un gramático boloñés le enviaba un carmen latino a su soledad de Rávena, para inducirlo a escribir de nuevo en la lengua de Virgilio: conviene le dice la púrpura consular de la frase latina a la dignidad de las musas, para quienes no es vestidura digna la lengua vulgar; y aconseja:

ne gravar le castalie sorelle di veste non degna...

Este modo de dar, de soltar la esencia de la vida estrujada el alma en dedos del dolor nadie lo ha experimentado como el proscrito florentino. En la Italia de su tiempo,

partida en numerosas pequeñas comunas o repúblicas hostiles, hervían los odios de partido, las feroces rivalidades políticas, sociales o económicas; se destrozaban entre sí « aquellos a quienes guarda una misma muralla y un mismo foso ». El triunfo de cada una de las facciones que sacudían la joven comuna de Florencia poblaba sucesivamente de desterrados las rutas de Toscana. Dante mismo, carácter inflexible y adusto, « alma desdeñosa », corazón que latía al compás de pasiones de una fuerza inaudita, había aprobado sentencias de destierro durante el tiempo en que ocupó un sillal en la señoría de Florencia. Fué, según se presume, una sentencia de una equidad rígida, que nivelaba en el castigo a los primaces de Blancos y Negros; justicia rectilínea, justicia dantesca que hería con golpe del que no podría reponerse aun a su amigo Guido Cavalcanti; sentencia dice Hauvette digna de las virtudes romanas o espartanas; sentencia implacable del poeta que puso en círculo oprobioso del infierno « la querida y buena imagen paternal » de Bruneto Latini. En el año 1302 el vaivén de la política lo arrojó fuera de los patrios muros bajo una acusación infamante e inicua de malversación de fondos y « baratería » o venalidad. No menos de seiscientos ciudadanos compartieron con el poeta el pan amargo del ostracismo. Fueron a formar en las filas de los « fuoruscitos », conspiradores rondando en las fronteras de la patria negada, roídos por la sed de la venganza y la codicia del mando, acechando con ávido rencor y deseo amoroso al par la hora de volver, aun

cuando hubiera que apresurarla al precio de la complicidad con el extranjero. ¡La amargura sin consuelo de los vencidos en las guerras civiles en todos los países y en todos los tiempos! En esas miserables legiones a quienes el negro arcángel de la discordia prohíbe la entrada al soñado paraíso de la patria se reclutan siempre los que se avienen a enseñar al invasor extranjero los caminos, atajos y picadas que conducen hasta el corazón de la tierra nativa. Y como el dolor del destierro es tan acerbo se diría muchas veces que más que una suprema traición es la suya una suprema desventura.

Pero el Dante, poseído de un ideal imposible de justicia y de pureza moral, pronto se sintió solo: solo y ajeno a las cábalas de la política y a las intrigas de las conspiraciones; sintió « estúpida y malvada la compañía con la que cayó en el valle del destierro » y debió formar el solo su propio partido. Sus cualidades de hombre político han sido negadas por muchos historiadores: « no era hombre político, según de De Sanctis, faltábanle flexibilidad y arte de vivir; era todo de una pieza, como Dino ». Ello es que abrazado a su soledad, cargado con sus sueños, con sus abrasados amores y sus iras terribles y vengadoras siguió errabundo por las comarcas de Italia. Muchas comarcas guardan memorias suyas fundadas en tradiciones verdaderas o falsas. En muchos sitios se pretende señalar la impronta del paso del desterrado marcada sobre el polvo que remueve y aventá el soplo de los siglos. Trepó el camino, árduo entre árboles, que lleva a San Gimignano,

la ciudad de las bellas torres. El señor de Verona le tendió una mano generosa de protector. Gozó días de paz y de fervorosa labor en la corte de Malaspina, en las comarcas alpinas de la Lunigiana. Fué huésped de Pádua y los críticos reconocen su influencia en las alegorías de la luminosa epopeya pictórica que el Giotto dejó en la Capilla de la Arena. Cruzó por Luca, Imola, Treviso, Perugia, Gubbio, Forli, el Casentino, Mantua, Boloña la docta... No he de señalar una a una las etapas, muchas disculidas, de sus viajes. La leyenda no se detiene en Italia. Uua tradición muy respetable en cuanto a la primera, lo muestra concurriendo a estudiar en las universidades de París y de Oxford. En este año se ha celebrado el jubileo del Dante en la Iglesia de San Severino de París, venerable reliquia de los tiempos medios, situada en el antiguo barrio universitario y en la que un pilar se llama « pilar del Dante ». Cuenta la leyenda que en el granito de aquella esbelta columna gótica el poeta desterrado reclinó más de una vez la frente para rezar.

Una vez el anuncio de la bajada a Italia de Enrique, emperador, iluminó su alma con fugaz rayo de esperanza. Otra, lególe de Florencia una promesa de indulto, que algunos de sus antiguos compañeros acogieron, haciendo la pública retractación y dando la ofrenda exigida. Dante la rechazó en aquella epístola Al Amigo Florentino, algunas de cuyas frases, auténticas o no, pero de noble cuño, voy a traducir, ya que el fin de esta disertación es hacer revivir en el espíritu de los oyentes algunos rasgos de la fisonomía del

poeta: «¿Es este pues el glorioso modo por que se llama a la patria a Dante Alighieri después de los afanes de un exilio de casi tres lustros? ¿Es este el mérito de su inocencia a todos manifiesta? ¿Esto le rinden el largo sudor y las fatigas en el estudio? Lejos del hombre de la filosofía familiar la bajeza propia de un corazón de fango de sufrir, como cierto Ciolo y otros hombres de mala fama, el ser como un prisionero ofrecido al rescate! Lejos del hombre pregonero de justicia, ofendido por injurias, el pagar tributo como a beneméritos a sus ofensores. No es este el camino del retorno a la patria; pero si por vos o por otro un camino se encuentra en el que no padezcan afrenta el honor y la fama del Dante prontamente lo seguiré. Que si en Florencia no puede entrarse por honroso camino, no entraré jamás. ¿Y qué? ¿No podré acaso de cualquier rincón de la tierra contemplar el sol y las estrellas? ¿No podré bajo todas las zonas del cielo meditar las dulcissimas verdades, si antes no me convierto en un hombre sin gloria, lleno de ignominia ante el pueblo y la ciudad de Florencia? Ni el pan me faltará, según confío ».

Sigue, pues ¡oh poeta! por la selva oscura de tu destierro, meditando bajo la mirada del cielo las verdades que encienden en el corazón la certidumbre de una justicia perfecta que restablece siempre el equilibrio moral del mundo perturbado por la iniquidad de los hombres. Poco vale la sabiduría de los libros a quien falta la sabiduría macerada en dolor que es el don mirífico de los años

de prueba y de rudo luchar. Subirás así tramo a tramo la santa y escarpada montaña de la perfección, y, redimido por el sufrimiento, visitado por la poesía, inspirado por la gracia, te hallarás al fin «puro y dispuesto a subir a las estrellas».

El Dante ha quedado en la historia como la encarnación, casi como el símbolo del desterrado. Aquella poderosa alma lírica, tan apasionada y vehemente en sus amores como en sus odios, ha glorificado la imagen de Florencia, embellecida por el recuerdo nostálgico más vivo y punzante con el correr de los años. La Florencia del buen tiempo pasado, ceñida todavía por sus antiguos muros, donde la vida familiar era sobria y púdica, donde las madres mientras tiraban «la blanca cabellera de la rueca» y enfilaban los husos, mecían el sueño de sus hijos cantando las canciones de cuna en el idioma que es la alegría de los padres y cantaban leyendas de los troyanos, de Fiésole y de Roma; todas ellas *conocían el lugar en que habían de ser sepultadas...* En esta faz de su genio, Dante como se ha observado es el poeta de la tradición: canta a la ciudad de los abuelos, familiar y dulce al recuerdo, no a la que se despertaba a la nueva vida y sentía removerse el fecundo «humos», el légamo social renovado y fértil. Todavía este sentimiento encuentra otra expresión sublime y palética en el canto XXV del *Paraiso*, uno de los trece últimos que según la tradición *transmitida por el Bocaccio* fueron hallados después de su muerte. Su vida política ha sufrido ya la decepción defi-

nitiva; durante muchos años ha palidecido sobre su obra y acaso será la gloria de su libro ya concluido que se difunde con rapidez la que le abrirá las puertas de la patria; acaso la virtud de su canto obrará el milagro de aplacar y domar las feroces pasiones desencadenadas en contra suyo. Afortunados, dijo en el verso ya citado, los que conocen el sitio en que estará su sepulcro. Ahora piensa en aquel bello bautisterio de San Juan, en cuyos mármoles blancos y negros parecen reconciliarse los colores de las facciones rivales. Es la hora de la serenidad final que llena el presentimiento de la muerte cercana. Las tristezas de la vida han destilado ya lentamente, lentamente, en el alma del poeta su esencia de poesía: es la hora de las visiones beatas y luminosas del Paraíso. Y sueña entonces en estrofas plenas de *saudade*: « si alguna vez sucede que el poema sagrado en el que pusieron mano tierra y cielo y que me ha hecho enflaquecer por muchos años, triunfe de la crueldad que me ha arrojado del bello redil donde dormí corderillo enemigo de los lobos que le mueven guerra; con voz debilitada ya, con cabellos ya blancos, volveré poeta y recibiré la corona de laurel sobre la fuente de mi bautismo, allí donde entré en la fe que hace las almas familiares a Dios » ...

Todos estos versos de un acento tan personal en que suenan como una blanda música los recuerdos de la infancia, no se contradicen con los apóstrofes e invectivas en que el Dante ha flagelado la corrupción y decaimiento de la ciudad patria. El alma del Dante ha sido una de

las más apasionadas que el aliento de Dios haya infundido jamás en nuestro barro humano. Hijo amoroso de Italia, a muchas regiones italianas ha castigado con el fustazo de un verso durísimo. El cristianismo no ha tenido un poeta más alto: Carlyle ha dicho de él que es la voz de diez siglos silenciosos que se levanta y entona un místico e insondable canto. Fué el intérprete poético de las doctrinas y los símbolos y las creencias católicas que meditó y absorbió e hizo sangre de su sangre y alma de su alma para devolverlas al mundo convertidas en el principio vital animador de su obra. La pureza de su doctrina resplandece y prevalece sobre todas las contradicciones. Recomiendo, y será acaso el mejor fruto de esta lectura, el conocimiento de los libros tan convincentes por lo recio de su estudio histórico como amables por la belleza de la forma en que Ozanam estudia al Dante y la filosofía católica del siglo XIII. o traduce y comenta el Purgatorio: entre estos comentarios hay algunos admirables sobre la ortodoxia del Dante, el sentimiento del amor y el de la naturaleza en su poesía. Los libros de Ozanam, uno de los más grandes escritores franceses del pasado siglo, son aquí menos estudiados de lo que fuera de desear. Inútil es buscarlos en nuestras librerías, rebosantes de tanta inútil pacotilla. Es lástima que no sea más frecuentada lectura entre los católicos de vida intelectual la de ese libro exquisito, por el fondo y por la forma, titulado « Los poetas franciscanos »: no conozco siquiera traducción castellana, mientras corren de mano en mano tantas

obras menos que medianas, tanta chafalonía literaria nociva por su vulgaridad... Digo, pues, que ese gran poeta católico, Dante, cuando ha creído que alguien maculaba la pureza de la fe o el decoro del santuario por humanas codicias ha empuñado el látigo con que Jesús arrojó a los mercaderes del templo. Fué fiel a las tradiciones de libertad que dictaron palabras de acerba censura a los doctores y a los poetas más esclarecidos. De ese sentimiento siempre vivo y fecundo de pureza evangélica nacieron en el siglo anterior al suyo los dos grandes órdenes mendicantes, franciscanos y dominicos. No es tarea nuestra la de aquilatar uno a uno a la luz de la justicia histórica la verdad de los juicios del poeta. Pudo equivocarse en sus censuras, se equivocó sin duda alguna vez. El ardor de sus arrebatos da el grado de su pasión por la perfección y la pureza de su fe: esa pasión abrasaba su alma, fragua de la que surgían como hierros encandecidos los versos que estampan indelebles marcas. Y para que este rigor de verdad fuera más alto y más puro, para que un resplandor de la justicia de Dios bajara a iluminar su justicia humana y falible, aunque de altísimo poeta, aquel gran cristiano no se ha sustraído a sí mismo al rigor justiciero. En el séptimo círculo del Purgatorio expían sus faltas por el tormento del fuego los que en la vida terrena fueron pasto de la lujuria. Al cruzar por aquel sitio de redención y de castigo, un ángel se aparece al poeta y le prohíbe pasar adelante antes de entregar también su carne a la mordedura de la llama

que lanza la escarpada ladera del monte; del otro lado del camino de fuego canta la promesa de una voz guiadora; y como el Dante vacila ante el tormento Virgilio murmura a su oído aquella palabra: *acuérdate, acuérdate...* Pero una escena todavía más turbadora tiene por teatro la cima misma de la montaña santa del Purgatorio. Es en el encantado jardín del Paraíso terrenal evocado en tercetos de musicalidad luminosa y etérea. — El Dante ha sido popularmente más gustado por los aspectos sombríos de su genio: dantesco es vulgarmente sinónimo de sombrío, lúgubre y aun macabro. No lo concebiríamos sin embargo como la representación integral de las cualidades más puras de su raza si olvidáramos en su imagen espiritual un trazo que la completa. Hay en el poeta visionario un sano equilibrio fundamental. Por otra parte, su carácter enérgico no se doblega jamás bajo los golpes del destino. Cree que la vida es un don hermoso de la Providencia y no un castigo. No olvida su sentido claro y profundo de la realidad aun en las mayores exaltaciones y arrobamientos. El amor a la vida, el sentimiento, tan intenso, de la naturaleza, la lucidez, la armonía potente de su arte, no tienen quien las supere. Nunca tan firme puño sujetó las riendas del corcel alado y rigió su vuelo. En el retrato juvenil que pintó el Giotto se le representa con una flor en la mano. Benedetto Croce subraya, como muy significativo del carácter y de la poesía dantesca, el episodio que presenta el V círculo del *Infierno*: bajo el pantano en que a sí mismos se maltratan los que vivieron dominados

por la ira, gime una raza precita sepultada en el barro fétido; sus suspiros hacen bullir el agua oscura: son los melancólicos, los que llevaron en el interior una téfrica «humareda» y vivieron tristes mientras les fué concedido respirar sobre la tierra «el aire dulce que alegra el sol». Hay en su poesía vigor y salud; nada de aquel vaho enfermizo que se desprende de la del Petrarca, representante de una generación más afinada, más culta, pero que marca en el sentido moral una declinación de los caracteres enérgicos y viriles, un comienzo de disgregación de los sentimientos de religiosidad robusta y creadora. En cuanto al mundo nuevo del Bocaccio, está visto al través de un temperamento esencialmente anti-heroico. Un presentimiento ya de las dudas que royeron el corazón de Hamlet parece expirar de aquella canción del Petrarca, de una melodía por lo demás tan acariciante y leve:

*... O poggi, o valli, o fiumi, o selve, o campi,
O testimon della mia grave vita,
Quante volte m'udisti chiamar morte!
Ahì doloros a sorte!
Lo star mi strusge, e'l fuggir non m'aita
Ma se maggioiò paura
Non m'affrenasse, via corta e spedita
Trarrebbe a fin quest'aspra pena e dura...*

Es ya la pendiente declinante cuyo estudio da interés y calor dramáticos a la Historia literaria de De Sanctis, en la que se diseña el debilitamiento de las fuerzas internas motores del alma italiana, en cuyo decaimiento halla

este escritor la clave de su destino histórico; este estudio le inspira páginas nutridas de enseñanza en que se asiste al tramontar de los ideales activos del pueblo sobreviviendo casi tan sólo la conciencia literaria y el sentimiento artístico. Dante es pregonero de una época, sin duda más ruda, pero donde abundan más los caracteres viriles y afirmativos como el suyo. No hay pues nota menos intensa en el conjunto orquestal del alma del Dante, ni motivo menos rico en la complejidad sinfónica de su poema. ¿Qué otra imagen para reflejar su grandeza sino la eterna del mar? Y volviendo a la cantiga del Purgatorio, digamos que su melancolía llena de esperanza infunde en nosotros una serenidad inexpresable como la que alguna vez hemos sentido viendo la inmensidad del mar a la luz del plenilunio, cuando llueve del cielo una infinita claridad láctea. No es todavía la plenitud gozosa de las esferas cristalinas del Paraíso. Para De Sanctis el Purgatorio es «el dulce refugio de la vejez. Cuando la vida se vela de penumbra ante nuestras miradas, cuando le volvemos las espaldas y nos encerramos en la santidad de los afectos domésticos entre la familia y los amigos, entre las obras del arte y del pensamiento, el Purgatorio se nos ilumina de viva luz, llega a ser nuestro libro y descubrimos en él mil bellezas delicadas, una gran parte de nosotros mismos. Fué el libro de Laménais, de Balbo, de Schlosser». Y de Carlyle.—Es en la meseta de la montaña santa del Purgatorio, en aquel sitio idílico y venturoso, donde debe detenerse la sabiduría humana encarnada en Virgilio; el vate de profético aliento

de las Eglogas, transfigurado por la imaginación cristiana de la edad media, le ha sido guía al través de los caminos ascendentes del Purgatorio y, antes, de los círculos y despeñaderos del Infierno, mudos de toda luz. Ahora Dante conducido por Matilde sale al encuentro de Beatriz. Llevada procesionalmente, rodeada de « las sacras y venerables apariencias de un misterio litúrgico », aparece Beatriz. ¡Radiante aparición! Un manto verde cae en pliegues sobre su veste del color de la vivida llama: su cabeza está tocada de un velo blanco que ciñe una corona de olivo: mujer y símbolo, realidad e ideal, recuerdo de los amores verdaderos de la tierra y encarnación de las más altas aspiraciones del espíritu. Su mirada será el imán que arrastrará el vuelo del Dante por las celestiales esferas. Sólo lo abandonará, sonriéndole por última vez, al llegar ya a lo alto del empíreo, confiándolo a la benignidad del contemplador Bernardo, el santo de Chiaravalle, guía postrero del místico viaje, de cuyos labios fluirán más dulces que la miel las palabras de la suprema plegaria pidiendo para el poeta la gracia de la última visión inenarrable. Pero antes, en el momento del encuentro con Beatriz, en la cumbre del Purgatorio, Dante se somete también a juicio inexorable. Como un libro abierto presenta a Beatriz airada el cuadro de su vida y oye confuso, abatida la frente de vergüenza el recuento de sus obras de iniquidad. Y los labios de Beatriz vibran, tan humanos, el reproche: « Dante no llores aun; no llores todavía porque Virgilio se vaya, que deberás llorar por

otra herida... Parecióme tan terrible como una madre irritada a su hijo porque es amargo el sabor de la piedad acerba... Es amargo el sabor de la piedad acerba ¡ admirable sentencia! De esa amargura de piedad suelen estar impregnadas las palabras del Dante. « Su pasión, digamoslo con palabras de Ozanam, era una pasión severa y bienhechora. Dante quiere ser amado como ama; por eso se hace castigar tan rigurosamente por Beatriz. Se hace castigar como él ha castigado a su Patria y a su Iglesia. Los espíritus frívolos confunden esos gritos con los gritos de la ira; pero los que han conocido el amor verdadero saben lo que tiene de austero y de inflexible ».



Diez y siete años, tal vez más porque las fechas son inciertas, duraba el destierro del Dante cuando se refugió en Rávena. Fué llamado allí por Guido Novello da Polenta, señor de la ciudad. Parece haber sido Guido el vástago mejor de una de las familias de presa de la Italia del medioevo y el renacimiento, cuyos blasones se ostentaban salpicados de sangre y no pocas veces también de lango. « Familia triste, violenta, dice Ricci, ingloriosa en casi todos los suyos; productora de más de un Caín; de algunos, más que *condottieres*, salteadores de caminos; de mujeres fatales como Francisca y Samaritana ». Esta Francisca de la referencia es Francisca de Rimini, la protagonista del inmortal episodio. En los frescos semiborrados de una de las iglesias de Rávena, de ejecución arcaica, aparece el retrato

de Francisca. Ha poco dias leía el drama que sobre la trama fundamental del episodio dantesco ha bordado un escritor que es, no ciertamente el mayor poeta, pero sin duda el más magnífico artífice verbal de nuestros tiempos, artista de la palabra que se expande en una verdadera lujuria de la imaginación, el más refinado y sutil de nuestra época. Y bien; Gabriel D'Annunzio ha agotado las riquezas de su lengua calificada de profundamente sabia en la imitación del lenguaje de la época y ha fatigado su imaginación fastuosa para hacer revivir el cuadro de la sociedad, con sus juglares errantes, rapsodas de rimas provenzales, con sus señores nacidos para la depredación y la venganza, con sus castillos y sus refinamientos. Es un drama intenso y turbador. Sin embargo una vez más leyéndolo, he hecho no el descubrimiento, por cierto, pero la prueba de lo que es la formidable concisión del Dante. Innegable el valor estético de la obra de D'Annunzio. Pero ¡cuánto más resalta el drama en el bajo relieve fundido en bronce del episodio dantesco, en ese breve relato lleno de penumbras y de misterios, grito trágico de pasión que hiende el aire espeso en el momento único de reposo y de expectante silencio del infernal torbellino!

Llamado, pues, por Guido, señor dado al estudio y a la poesía, halló Dante decoroso refugio en Rávena, casi al borde del mar Adriático, allí donde según las palabras de Francisca se echan en busca de paz el Pó y sus afluentes. Cité al comenzar la frase de Bocaccio: no hay en Rávena un palmo de tierra donde se pueda posar la planta sin

hollar cenizas venerandas; fué regada con la sangre de muchos mártires y guarda también los cuerpos de magníficos emperadores y de varones clarísimos.

Su época de esplendor había sido en los años del moribundo imperio de occidente y en los reinados primeros de los emperadores bárbaros. Aquella ciudad muerta, princesa bizantina extendida en su sepulcro adornado de joyas de bárbara suntuosidad, debió exhalar una sugestión intensísima al alma del poeta. Todo en ella hablaba, y habla todavía, de la corrupción y la caída definitiva del imperio, del desmoronamiento de una de las creaciones más grandiosas de la política que Dante tanto admiraba simbolizada en el nombre augusto de Roma. De las basílicas no menos que milenarias, que remontan algunas al siglo V de la era cristiana, de los toscos y mutilados despojos de la decadencia baja la sugestión de la decrepitud inevitable de las más recias obras de los hombres. Allí, la basílica de San Juan Evangelista desde los primeros siglos de la era cristiana recuerda un voto de Gala Placidia libertada de un naufragio: la nave de la antigua basílica ha cambiado o ha desaparecido cubierta por la marea del tiempo; pero el campanile se yergue airoso todavía como el mástil del navío zozobranante de Gala Placidia. En el campo de oro viejo de los mosaicos de San Vitale resplandece la corte de Teodora, la trágica emperatriz que, manchada de sangre subió al trono del imperio desde los cenagosos circos de Bizancio. Y frente a la imperial comedante se destaca rígida la figura de Justiniano, emperador. Y hay mosaicos

en que desfilan largas teorías de santos y de vírgenes, representaciones de la Jerusalem celeste, interpretaciones litúrgicas de las que emana una honda seducción: una fosforescencia misteriosa parece bajar desde la semi-penumbra de las murallas y de los ábsides.

Todo el canto VI del Paraíso lo llenan las palabras en que la llama ardiente que es el capullo en que anida el alma de Justiniano hace el recuento de las glorias de Roma y describe los amplios vuelos del águila imperial. Dante debió detenerse más de una vez viendo resplandecer con destellos de oro aquellas hieráticas figuraciones. Para Dante, Justiniano, brillando con el doble fulgor de la gloria de las armas y la de las letras, fué el restaurador, el representante característico del imperio fundado por César, dice Pier Desiderio Pasolini (cuyo libro *Ravenna e le sue grandi memorie* me sirve ahora de guía y mentor junto a la monografía de Corrado Ricci, *Ravenna*). Como en la basílica de San Vitale, así en la Divina Comedia se agiganta la figura de Justiniano. Sus palabras, único ejemplo en el poema, ocupan un canto entero. Ciertamente se puede creer que Dante ha compuesto o al menos imaginado ese canto ante el mosaico de San Vitale. Ornado con la púrpura y la diadema Justiniano se presenta en forma solemne . . .

Más lejos se levanta el llamado palacio de Teodorico y en las afueras de la ciudad su tumba ciclópea, cubierta por un inmenso y partido bloque de granito. La tradición de los siglos medios dice que fué roto por el rayo de la cólera de Dios que bajó a castigar en la tumba al empe-

rador arriano. Carducci ha puesto en versos fáciles y armoniosos una leyenda medioeval relativa a Teodorico, sobre cuya memoria pesó como una lápida de infamia el recuerdo de la mente de Boecio, el autor del Tratado de los consuelos que Dante leía y meditaba recibiendo en el alma la unción de las filosóficas palabras como un bálsamo cordial. Esa leyenda narra que Teodorico no murió de muerte natural. Un día cediendo a la seducción de la caza, cabalgando en negro corcel, en persecución de un extraño ciervo fué arrastrado en una carrera irrefrenable, cruzando como una exhalación valles y montañas, hasta el cráter del Etna en donde desaparecieron para siempre caballo y caballero. En tanto que así moría el culpable emperador, en el confín del montuoso horizonte, fulgiendo en una sonrisa esplendorosa de martirio iluminaba el sol la frente ensangrentada de Boecio.

Extiéndense no lejos de Rávena los restos de la famosa Pineta, antiguo bosque de pinos, lugar universalmente consagrado por la poesía: Dante la recordó al penetrar en la floresta del Paraíso terrenal, Bocaccio puso en ella una novela del Decamerón, Byron recogió en versos del Don Juan sus armonías crepusculares.

Fuè en esa ciudad, entre estas leyendas, ante los testimonios mudos de grandezas concluidas, en donde los cónicos campaniles traen reminiscencias de los minaretes orientales en tanto que un lampo de luz del oriente bizantino se posa en los mosaicos resplandecientes, en donde el Dante halló un refugio de paz en sus años postreros,

Allí vivió formando discípulos, allí escribió una parte grande de su obra, el Paraíso y acaso también el Purgatorio. Con los datos de las epístolas latinas cambiadas con Juan del Virgilio, Carducci ha imaginado un bello cuadro de la vida del poeta en Rávena. * Rávena ciudad solitaria y de grandes memorias es el asilo adecuado para la vejez de Dante: aquí no hay reuniones de desterrados que conspiran, no hay una corte gibelina en donde se trata todo el día de política; aquí están la llanura, el mar, las tumbas de los Césares. En otras partes perjudicaba a la grandeza del hombre la tarea no siempre oportuna del partidario: aquí es honrado y reverenciado el poeta. Vedlo. Por la mañana despacha cualquier negocio de Guido en que se necesita un secretario elocuente; muy luego escribe o dicta a Jacobo su hijo alguno de sus cantos sublimes. Más tarde con este y con Pedro, pronto llamado de Verona para desempeñar el oficio de juez, se sienta a la pobre mesa aparejada por Beatriz su hija... Después juega con los hijuelos de Pedro alguno de los cuales pendiente del pecho de la joven madre ha inspirado acaso al abuelo las tres estupendas comparaciones infantiles que enfloran los últimos cantos del Paraíso... En la tarde se reúnen en la casa algunos jóvenes de Romaña y diserta con ellos de poesía... Y lo acompañan en sus paseos por la triste llanura que lleva a la Pineta. Dante sonríe al divertido conversar de Perini, discurre de física y un poco de cuestiones platónicas con Milotti; hablan de los bellos versos de Juan de Virgilio y de la conveniencia de aceptar o no

ja invitación del boloñés. Solo que con el conversar se siente pesar el calor; y se hace silencio. Tramonta el sol y los desterrados miran penserosos. Oh villa de Camerata, alturas de Fiesole teñidas en esta hora de suaves gradaciones rosadas! oh valle del Arno donde todo en esta hora se estremece de vida, los bellos campos de labor de los que vuelven cantando los labradores y los «borgos» de la llanura y los castillos sobre la colina que se llaman y responden con las esquilas lejanas mientras el crepúsculo brilla sobre la corriente del río entre la sombra temblorosa de los álamos! Es este un triste momento; hasta Perini mueve la cabeza entre desconsolado e irritado musitando: Envejece... Es al retorno de una embajada diplomática a Venecia que Dante murió el 14 de Setiembre de 1321, cuyo centenario conmemora el mundo civilizado. Murió rodeado de sus hijos, dignos de su padre y comentadores de su obra. Una tradición trasmitada por el Bocacio cuenta que los trece últimos cantos del Paraíso no habían sido aun divulgados y que al morir el Dante se creyó inconcluso el poema. A uno de sus hijos, Jacobo, afanado en continuarlo, ocho meses después de su muerte se apareció en sueños el poeta, vestido de blanco y resplandeciente de gloria el rostro y le reveló el sitio en que yacían ocultos los manuscritos. Sobre el lecho de muerte del poeta se inclinó una figura de mujer que aparece un momento y se pierde luego en el silencio de la vida monástica: su hija Beatriz, cuyo nombre era una evocación viviente sobre la tierra de los primeros e ideales amores

de la juventud, transfigurados luego y convertidos en materia de inmortal poesía. Las blancas tocas de Beatriz pusieron una sombra consoladora sobre la frente del poeta moribundo. Antígona, ha dicho Carducci; Cordelia, seámos licito decir a nosotros; piadosa Cordelia de aquel rey del espíritu desposeído de los bienes materiales de la tierra, condenado a vagar errante por todos los senderos de Italia, acaso para que en los siglos venideros, entra la dispersión de épocas desgraciadas las regiones por las que paseó su altiva silueta y que guardaron con veneración su memoria tuviesen un vinculo de fraternidad espiritual más fuerte que las desventuras políticas.

Guido de Polenta, hombre de letras y aun poeta en cuyos versos dicen hay reminiscencias dantescas⁽¹⁾, sepultó con honor los restos del poeta: le rindió los máximos honores. Colocado sobre un lecho fúnebre adornado de los atributos de la poesía en hombros de nobles caballeros fué conducido el cadáver a la iglesia de los Hermanos Menores. Dante había pedido ser amortajado con el hábito de San Francisco. Cuenta el Bocaccio que, retornando a la casa mortuoria, Guido pronunció una « larga y exquisita » oración en que hizo el elogio del poeta: la voz amiga del generoso protector fué así la primera que sonó en el concierto de alabanzas que ha vibrado secularmente en torno de aquella tumba.

Esa misma ciudad de Rávena, quieto asilo de los últi-

(1) Cesare Foligno. — Dante, pág. 256.

mos años del Dante, custodio de su sepulcro, ha sido el lugar al que han convergido las miradas de los hombres en esta hora de rememoración. Después de seis siglos de transformaciones cardinales ningún otro hombre ha alcanzado glorificación parecida. La Liga de las Naciones ha suspendido un momento en obsequio suyo sus deliberaciones. Nuestro Dante ha repetido en Italia el clamor unánime, y los hijos dispersos de la fecunda madre latina, en todas partes, y en Montevideo también, han celebrado dignamente a su gran ciudadano honrándose al hacerlo. Recuerdo que Pascoli ha escrito un «Himno de los emigrantes italianos al Dante». Se inspira este poemita en el episodio de Ulises del canto XXV del Infierno. Se abre con una invocación al Desterrado, símbolo de la patria lejana, cuyo Ulises profético y legendario, encarnación de la audacia y de la energía humanas nacidas para correr en pos del conocimiento y de la ciencia, supera antes que el italiano Cristóbal Colón las columnas de Hércules y buscando «el mundo sin habitantes que se encuentra siguiendo el sol», bate con los remos de su nao la espuma de mares misteriosos sobre los cuales palpitan las estrellas de otro polo. Y recordando el viaje de Colón, termina el himno que al sumo poeta alza su estirpe esparcida en el mundo nuevo conquistado para la civilización, hogar libre en que se funden todas las razas.

Nuestro Dante ha dicho repitiendo la frase de Leon XIII — *Danti nostro* — el Pontífice romano intérprete de la potencia moral secular del papado ante cuya autoridad

religiosa inclinaba Dante la frente, intérprete también del sentimiento católico universal de admiración hacia el poeta que circundó de imágenes de belleza los símbolos y las creencias y las doctrinas de la fé. Y desde las más apartadas regiones de la tierra los pensamientos de los hombres han volado en silenciosa romería hacia aquel sepulcro.

En tanto que el mundo volvía hacia allí el pensamiento, el cardenal arzobispo de Venecia celebraba solemne ceremonia religiosa en la iglesia de San Francisco en Rávena, cuyo alto campanile se yergue cerca de la tumba. No ha sido por un azar que en esa iglesia, precisamente en ella, ha tenido lugar la ceremonia. Hay para ello una razón y un sentido hondos que yo debo explicar ahora mucho más brevemente de lo que fuera preciso y de lo que desearia.

En el cuarto cielo, en la esfera del sol, aparecen ante las absortas miradas del poeta legiones de espíritus triunfantes, más gratos aun por la voz que relucientes a la vista, los cuales tomando por centro a Dante y a Beatriz forman en torno una corona comparada al cerco o halo que ciñe algunas veces al disco lunar. Las luces de esa mística guirnalda son los doctores de la iglesia, intérpretes de la sabiduria teológica, Dante, su discípulo y su hijo espiritual, conoce arrobado y nombra a algunos. Allí están Alberto de Colonia y Graciano y Pedro Lombardo, el maestro de las sentencias, y Dionisio Areopagita y Salomón, el más luminoso y sabio, y Paulo Orosio y Boecio

que mostró las falacias del mundo: allí fulguran *l'ardente spiro* de Isidoro, gloria de Sevilla, el de Beda, el de Ricardo y el del maestro Siger. Y ve Dante en la alta esfera moverse los espíritus y oye responder las voces a las voces con una armonía llena de dulzura. Y cuando cesan los giros de la sagrada danza, cuando se apaga el concierto de las voces hechas del avivarse de la luz tan solo, Santo Tomás de Aquino comienza a cantar la gloria de dos príncipes: «el uno fué todo seráfico en ardor, el otro por su sabiduría resplandeció en la tierra con la luz de los querubines». Hablaré, dice, de uno de ellos, pues elogiando a cualquiera indistintamente se habla de los dos. Y en un canto de maravillosa belleza hace el elogio de San Francisco de Asís. Cuando dice la última palabra y rueda de nuevo la litúrgica danza, se adelanta San Buenaventura, doctor y poeta franciscano, y en versos de no menor hermosura hace el elogio de Santo Domingo de Guzmán. Estos panegíricos llenan los cantos XI y XII del Paraíso.

Sobre el fondo del siglo XIII, que corona el esfuerzo lento y escondido de la edad media, se destacan esos dos nombres que el Dante fiel a una tradición jamás interrumpida exalta en la elevación de dos cantos gemelos. Por una coincidencia que quiero hacer resaltar ahora en este mismo año de 1921 se celebran, conjuntamente con el sexto centenario del Dante, el séptimo centenario de la orden tercera de San Francisco y el séptimo centenario de la muerte de Santo Domingo de Guzmán.

En el corazón de San Francisco de Asís ardió inextinguible la llama del amor: jamás tan viva llamarada de caridad había tenido por hogar un pecho de hombre. En una sociedad entregada a la depredación y a la violencia apareció como un mensajero de paz. El cuadro de la época había llevado antes a Joaquín de Flore al borde de la sima de la herejía y en los desiertos de Calabria había asediado su espíritu de visiones alternativamente sublimes y extrañas. El sueño del Evangelio eterno, de un tercer Evangelio que vendría a concluir la revelación del nuevo, como éste había seguido al antiguo, flotó mucho tiempo sobre los claustros de Italia y extravió a algunas bellas almas deseosas de perfección y oprimidas por el espectáculo del siglo (1). San Francisco mostró dentro del Evangelio el estímulo y la posibilidad infinita de perfección. Lo enseñó a Italia, según la frase de Gebhart, abierto en la página del sermón de la montaña: todas las delicadezas espirituales que repudiaba el siglo, áspero, ávido y ensangrentado, son loadas en las bienaventuranzas, artículos eternos del código moral de la humanidad cristiana. En medio de las codicias desatadas fundó la democracia cristiana de los hermanos menores cuyo centenario se conmemora y que es un acontecimiento histórico importantísimo. El anhelo de reforma interior, sin la cual toda reforma social es deleznable y vana, rompió los diques claustrales y se desbordó sobre

(1) E. Gebhart, *L'Italie mystique*.

el mundo. Dante canta los amores de San Francisco y Dama Pobreza, oscura y despreciada de los hombres. Son las fórmulas del amor provenzal remozadas y renovadas por un hálito de verdad y de sentimiento brotado de las profundidades del alma. Son imágenes que el poeta toma de la historia y de la poesía popular. Este desposorio de San Francisco con la Pobreza tiene exquisitas e inspiradas variantes. Un artista primitivo, Sasseta, lo ha representado tal como lo narra otra leyenda. Veo la escena reproducida en un grabado del libro de P. Misciatelli, «Místicos seneses». Hora crepuscular, paisaje de ensueño: Dama Pobreza viste sayal y presenta tímidamente su mano de marfil para recibir el anillo de las nupcias; se la ve luego remontarse en el aire con sus compañeras Dama Castidad y Dama Obediencia, alejarse como el acorde de una música extrahumana en un cielo que se adivina pintado de los más suaves oros y rosas de la escuela senesa. Por ella se armó Francisco caballero; y en la hora suprema de la Porciúncula murió abrazado a su mística esposa. Esa enérgica personalidad de San Francisco removió muy honda y eficazmente su siglo: su influencia aun llega viva hasta nosotros, viva y benéfica. Hay algo de *diletantismo*, pero hay mucho más de sinceridad y de admiración hacia tan alto modelo de perfección en la producción literaria que ha enriquecido con obras valiosísimas la literatura franciscana. El «Cántico de las creaturas» apenas si está en verso: pero es poesía. Himno de alegría y de amor, se enguinalda con

las hermosuras de la naturaleza. El genio dormido de las campiñas itálicas en torno del taumaturgo se despierta y canta. La lirica provenzal exhalaba el perfume del vaso vacío. No es una abstracción retórica el amor que consume el alma del santo iniciador y de los discípulos innumerables. Es amor estremecido, palpitante, dotado de infinita virtud de expansión, al mismo tiempo agua que refresca y alivia y fuego que abrasa y enciende nuevas ansias. La poesía popular franciscana es copiosísima. Y cabe recordar que el ideal de la escuela del « dulce estilo nuevo » se formó en gran parte por la depuración y elevamiento de la ideología amatoria de los rimadores de la escuela provenzal por los conceptos del misticismo cristiano y franciscano (1). A los poetas propiamente franciscanos perteneció Fra Pacifico, laureado en el Capitolio, quien puso ritmo en las espontáneas inspiraciones del fundador. San Buenaventura, redujo el sentimiento a doctrina sin podarlo de su frondoso verdor de poesía; insigne doctor, rimó versos inflamados y contó en un pequeño libro admirable de candor la vida de San Francisco; es por invención suya, según Ozanam « que el Angelus, ese poético llamado partido de la humilde torre de los franciscanos voló de campanario en campanario para regocijar al paisano inclinado sobre el surco y al viajero que hacía su camino ». Por sobre todos los discípulos descolló en poesía Jacopone de Todi, contempo-

(1) Benedetto Croce. La poesía di Dante, pág. 34, 2.ª ed.

râneo del Dante, penitente adusto y poeta inspiradísimo, «juglar de Dios» en dialecto umbro, en cuyos *laudes* apuntan los primeros esbozos del drama popular. Afiliado entre los franciscanos de rígida observancia, su espíritu tempestuoso se desató contra Bonifacio VIII con no menor violencia que el Dante, pero luego arrepentido imploró perdón desde su calabozo en versos de suavidad humilde y casi pueril. Su corazón fué traspasado por el dardo de oro del amor místico. Dió algunas de las notas más intensas de la poesía religiosa; sus cantos místicos están esmaltados de bellezas, a pesar de lo tosco de la forma. Su realismo es brutal, Valdez Leal no pinta las miserias de la descomposición y los horrores de la tumba con más cruda energía de lo que lo hace Jacopone en uno de sus poemitas dialogados, «La contemplación de la muerte», (*Quando t'allegri, homo d'altura*). Jacomino de Verona es contado entre los precursores directos del Dante, por los cantares de realismo plebeyo en que describió la «Babilonia infernal» y el Paraíso. Puede ser consultada con fruto, además del libro insustituible de Ozanam, una selecta «Antología franciscana», en francés, formada en este mismo año por Maurice Beaufreton, en la que se reproducen muchas piezas características de la primitiva literatura franciscana. Al tiempo que la poesía, la pintura sufrió la influencia franciscana; Cimabre inició el renacimiento y el Giotto en sus vastas epopoyes pictóricas expresó en tintas de colores la nueva inspiración impregnada del sentimiento de amor a la naturaleza que fué legado de San Francisco.

Y sobre la tumba del abrasado serafín de Asís la arquitectura alzó, prodigiosamente superpuestas, dos basílicas que coronan el monte. — He leído no sé donde una leyenda que cuenta que en los bordes de una población, acaso Siena, San Francisco dejó olvidado en tierra su báculo y éste arraigó en el suelo y echó hojas y se cubrió de flores: así me parece ver como todos los rincones del alma italiana a los que alcanza el influjo del santo poeta florecen en poesía y en amor, maravillosamente...

La llama del amor ardió en el alma de Francisco; en la frente de Domingo de Guzmán fulgió la estrella de la sabiduría. Desde su nido paterno, en Calahorra, en las tierras de la vieja Castilla, desde el fondo del siglo XIII español que dió a la civilización la figura extraordinaria de Alfonso el sabio, Domingo de Guzmán salió a ganar el mundo, armado de su bastón y de su saco de mendigo, más osado, más heroico que los más audaces conquistadores de imperios que España ha engendrado. Las huellas de sus pies desnudos se imprimieron en los senderos de Francia, en las rutas de Italia. España, Francia, Italia, las tres grandes naciones católicas, fueron campo de sus empresas. Pero aún fué estrecho a su ambición y ya en vida del Fundador los hermanos predicadores, democracia cristiana como la que instituyó San Francisco, llevaron la palabra del Evangelio hasta las remotas playas de Groenlandia. Esto lo podéis leer narrado en el libro ya clásico de Lacordaire, «Vida de Santo Domingo» y en su «Memoria sobre el restablecimiento de la orden

dominicana en Francia ». Más tarde, cuando los descubrimientos geográficos, entrevistados algunos en los viajes del siglo XIII (recordad el episodio de Ulises) ensancharon el universo conocido, aquellas dos andantes caballerías « a lo divino » — para emplear la palabra de Santa Teresa — se derramaron sobre el suelo virgen de nuestra América. Los misioneros mantuvieron perenne una idealidad superior que iluminó los tumultos de la conquista. De la orden dominicana nació la primera flor de santidad que brotó en tierra de América: el alma excelsa de Santa Rosa de Lima. Cuando los instintos de codicia desenfrenada amenazaron el porvenir de las razas aborígenes, el símbolo eterno de piedad que se interpuso para defenderlas fué empuñado por la diestra viril de un religioso dominicano: Fray Bartolomé de las Casas. Llegó a herir los oídos del rey de España el clamor continuo de misericordia que alzaron en América los hijos de Santo Domingo. Santo Domingo de Soriano, tuvo por nombre el primer centro permanente de civilización fundado en nuestro suelo por frailes franciscanos, más sabios y afortunados que los hombres de guerra que los precedieran. En Italia los pintores, como en los de frescos famosos de Santa María Novella de Florencia, recordando la frase latina (*dominicanes*) figuraron simbólicamente en perros blancos y negros la fidelidad y el celo vigilantes de aquella orden. Dominicano se llamó en nuestro país un pájaro en que alternan ambos colores y que vive en los montes de Soriano vecinos a aquel histórico sitio de nuestra tierra. Pero, vol-

viendo a nuestro tema, reordemos que en la época misma inmediata al Fundador, la elocuencia y la ciencia de los predicadores de la orden, de sus artistas, de sus hombres de estudio conquistan la primacia. Fuera largo enumerar sus grandes nombres; hay uno que no es posible pasar por alto, por su importancia y por su íntima relación con la obra del Dante. En la universidad de Colonia estudió un joven nacido en las regiones meridionales de Italia; era de sangre imperial; silencioso y tenaz, consagrado a los libros con inmenso ardor, parecía rumiar, apartadizo; sus compañeros le llamaron «el buey mudo de Sicilia»; pero oyendo alguna vez cómo se desbordaba el represado torrente de su elocuencia Alberto de Colonia profetizó que los mujidos de aquel buey estremecerían al mundo. Y Tomás de Aquino, tal su nombre, dominó con entendimiento universal el saber de su época y, albacea de la herencia de saber de la civilización antigua y de los siglos cristianos, erigió su obra, suma de toda ciencia.

La fraternidad que vinculó a los dos fundadores se perpetuó en sus discípulos. En una emulación ferviente a la que Italia debe muchos de sus monumentos se alzaron unas tras otras las iglesias de ambas órdenes, donde pintores y escultores volcaron opulentos tesoros de arte. En su libro «San Francisco de Asís y Savonarola, inspiradores del arte italiano», Lafenestre ha puesto de manifiesto esa íntima compenetración de tal modo persistente que muchas veces si el sentimiento fué franciscano fueron dominicanas la ejecución y la técnica; los dominicanos fra

Guglielmo y fra Angélico realizaron en la escultura y en la pintura respectivamente las obras maestras que animó el alma franciscana.

Dante recibió a la vez en el corazón la llamarada de amor que salió del alma de San Francisco de Asís y en la mente los tesoros de sabiduría que allegaron los doctores dominicanos y especialmente Santo Tomás de Aquino. Por eso en los cantos XI y XII del Paraíso ha celebrado juntos a los dos patriarcas para no separar en su poesía a esos dos espíritus que, desde el siglo XIII, cumbre de la edad media, se levantaron a la vez como dos grandes águilas hermanas.

En la iglesia de San Francisco de Rávena, allí donde el cardenal patriarca de Venecia ha celebrado su sexto centenario, fué enterrado Dante amortajado con el sayal franciscano. También Cervantes fué sepultado con el hábito de San Francisco. Niño, había recibido el poeta las lecciones de los hermanos menores en Florencia; en un códice del siglo XIV que contiene un elenco de los hijos ilustres de la tercera orden está escrito en forma arcaica el nombre: *Dante da Fiorenza dicto poeta vulgare...*

Ni en lo universal, ni en lo fervoroso y unánime tiene precedentes que lo superen el movimiento de admiración suscitado después de seis siglos en torno a la figura de este poeta. Largo rodar de tiempo, el espacio de seis siglos basta para cubrir de silencio y de olvido en su subir incesante de marea muchas elevadas y recias creaciones que acaso parecieron destinadas a ser eternas. Aun el mármol,

el bronce y el granito de las consagraciones supremas ceden y se desmoronan ante el embate del tiempo nivelador. Pero la obra del Dante permanece en pie. Es de los grandes poetas que condensan en su obra todos los aspectos de una civilización y de una raza. Es «la voz de los diez siglos silenciosos» de formación de la edad media, durante los cuales las idealidades altísimas, las normas morales, sociales y religiosas del cristianismo pugnan por domar y educar las razas bárbaras acampadas en las ruinas del imperio romano, y se imponen al fin y surge triunfal la civilización moderna. Resuena en ella el eco de las creencias, de los dolores, de las esperanzas, de las angustias de su pueblo. Parece alzarse en el punto donde una época acaba y otra comienza: porque si perduran en ella los recuerdos del pasado, se columbran también desde su cúspide las perspectivas del porvenir.

Abrióse la época del Renacimiento tras los lentos y persistentes esfuerzos del pasado. Pero aquellos tiempos nuevos, tan fecundos, no permanecieron siempre igualmente grandes en Italia por el fondo íntimo y moral de los caracteres y de las costumbres. Se engrandeció el pensamiento, forjó prodigios el arte en esta primavera. Pero en tanto, las libertades públicas morían ahogadas por la tiranía de señores magníficos y en las cortes refinadas se enervaban los ciudadanos. La idea de la decadencia próxima torturaba las más altas conciencias en medio de tanta gloria. El Dante, el precursor austero y fuerte, fué una sombra amiga y acompañante para Mi-

guel Angel que buscaba lecciones y consuelos cuando de su mano fatigada, rendido el ánimo a la desesperanza, parecía desprenderse el cincel prodigioso: (*nè pinger nè scolpir...*) (1) Boticelli, el artista cuyo pincel encantado, bañado en luz matinal, había traído la seducción pagana a la pintura, dedicó sus últimos años, sus tristes años de mendigo, a interpretar las visiones aleccionadoras de la Divina Comedia.

Esta época que vivimos, tan perturbada y tan inmensa, este mundo nuestro que ha agotado las seducciones del arte, que ha sentido vibrar su sensibilidad ante las obras más sutiles, más irisadas y cambiantes, que ha puesto a juicio las doctrinas y ha hundido su crítica despiadada en las filosofías, siente también la excelsitud de la obra del poeta. Esta obra es parte preciosa del patrimonio espiritual del género humano.

En el canto inicial del Purgatorio el Dante ha hablado de una constelación prodigiosa de cuatro estrellas únicamente vistas por los primeros hombres: «el cielo parecía gozar con sus resplandores». Y los rayos de las cuatro luces santas rodeaban de resplandor sideral la cabeza venerable del anciano Catón, que velaba en la entrada del Purgatorio... Unamos nuestra voz al concierto universal de alabanza en esta hora en que se ensalza la memoria del sumo poeta en todos los idiomas de la tierra. Vinculados a su gloria por la comunión en las ideas

(1) Soneto, «Giunto è già il corso della vita mia»...

esenciales y eternas que fueron manantial de su inspiración y alma de sus cánticos seculares, nosotros, hijos de América y de latina estirpe, veremos también su figura proyectarse idealmente en nuestro firmamento al resplandor del Crucero presentido por su genio, la constelación de estrellas de maravillosa hermosura que vierte su luz desde el infinito sobre este Mundo nuevo en cuyas costas se rompen en espumas las olas del misterioso mar que azoló Ulises con los remos de su barca.

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE FOLLETO
EN MONTEVIDEO EN LA "EDITORIAL
RENACIMIENTO" A 14 DE NOVIEMBRE
DE 1921

